

II. El carácter moral del cosmos

1. El criterio objetivo de la moralidad

Cuando consideramos los rasgos característicos de la vida moral tal y como los consideramos dentro de nosotros mismos, se nos presentan del todo únicos, sin contrapartida en el mundo no viviente, e incluso posiblemente sin paralelo en otros animales. De hecho, sólo en nosotros mismos podemos saborear por completo el gusto de la experiencia moral y detectar todos los sutiles sentimientos asociados con el esfuerzo moral. ¿De qué otra manera podríamos conocer esa insistente presión, que aparentemente brota desde las profundidades de nuestro ser y muchas veces nos obliga a realizar un acto contrario a nuestras inclinaciones espontáneas, y que denominamos con el término “deber” o alguno similar? ¿Dónde, si no en nuestras propias mentes, podríamos seguir todas esas complejas maniobras del pensamiento, esas marchas y contramarchas de la anticipación que preceden una decisión al respecto de una pregunta difícil, cuyas consecuencias son trascendentales para uno mismo o para los otros? ¿Cómo podríamos conocer el significado completo de palabras como “previsión” y “elección” si no estuviéramos dotados de esas facultades? ¿Acaso podríamos imaginar los sentimientos que nos llevan a renunciar a algún placer o ventaja personal por el beneficio de otro ser, si no los hubiéramos sentido en nuestra interioridad?

Los rasgos subjetivos distintivos de la vida moral han reforzado la visión de la moralidad como algo propio de la humanidad y para lo cual no hay nada correspondiente más allá del

ámbito humano —excluyendo posiblemente a los ángeles, de quienes no tenemos información positiva—.

Esta perspectiva tiene dos consecuencias desafortunadas, una teórica, la otra práctica. En primer lugar, desalienta el esfuerzo de rastrear el curso según el cual surgió la consciencia moral y de descubrir su conexión íntima con los procesos cósmicos en general¹. Esta incapacidad de reconocer las raíces más profundas de la moralidad nos hace trazar una fina y difícilmente traspasable frontera entre la humanidad, poseedora de la gloria y el peso del sentido moral, y todas las otras formas de seres, en los cuales no podemos detectar sentimientos correspondientes.

Encerrados tras la alta muralla levantada por nuestros propios prejuicios, nos sentimos aislados y solitarios en un mundo que no revela nada comparable a eso que generalmente parece ser la peculiaridad más significativa de la humanidad. El aislamiento conduce al extrañamiento; y ahora llegamos a sospechar que este amplio mundo no humano, en el cual no detectamos rastros de moralidad, es no solamente indiferente sino realmente hostil para con nuestras aspiraciones morales. De aquí surge un sentimiento de depresión, de desesperanza, de futilidad e incluso de desesperación, que nos quita mucha de nuestra fuerza moral. Algunos pensadores han defendido obstinadamente la singularidad de la humanidad y sobre todo de su sentido moral, creyendo que al enfatizar las diferencias que nos separan de los otros animales exaltaban nuestro valor y nos elevaban a un nivel superior. Esto no es más que un fervor equivocado.

Nuestro primer deber es aprender la verdad, ya sea que se muestre agradable, o no. Pero debemos sentirnos felices si los hechos apuntan a una conexión íntima entre nuestras más altas aspiraciones morales y los procesos universales, pues si con ello nuestro egregio orgullo humano es humillado —una experiencia saludable— nuestra energía moral será en alto grado acrecentada por el simple reconocimiento de su fundamento cósmico.

Pero si queremos rastrear la conexión entre la moralidad humana y los procesos cósmicos, debemos considerarlos desde la misma perspectiva. Encontramos la mayor dificultad al intentar reconocer la semejanza entre fenómenos que conocemos sólo subjetivamente y aquellos que conocemos sólo objetivamente. Mientras no estudiemos desde el mismo punto de vista la moralidad humana y sus desarrollos paralelos en el mundo en general, nunca revelaremos su íntima relación. Dado que no podemos conocer otros animales, y mucho menos sistemas inanimados, desde un punto de vista subjetivo, nuestro único recurso es examinar nuestro propio comportamiento y el de otros componentes del mundo, tanto sin vida como vivientes, desde un punto de vista enteramente externo. Podemos buscar semejanzas entre la moralidad humana y ciertos fenómenos no humanos, únicamente después de haber decidido cuál es —visto objetivamente— el rasgo distintivo de aquella. Una vez hecho esto, lo apropiado sería examinar los rasgos subjetivos de nuestra moralidad, y conjeturar —no podemos hacer más— a qué grado están representados en los animales no humanos o incluso en los sistemas carentes de vida.

¿Cómo podría, entonces, un observador inteligente, incapaz de comunicarse con nosotros en todo sentido, posiblemente con una vida afectiva tan diferente de la nuestra que ni siquiera podría imaginar las emociones y aspiraciones que se agitan en nuestra intimidad, cómo —decía— podría ese observador reconocer la presencia entre los hombres de eso que designamos como bondad moral o cualquier término equivalente? ¿Cuáles son los criterios objetivos de la moralidad? Pienso que este observador que hemos ima-

ginado buscaría sobre todo una asociación armónica continua. Dondequiera que descubriera que dos o más individuos, íntimamente asociados en mayor o menor grado, continuaban prosperando, reconocería allí eso que designamos como conducta moral, y cuando en sus interacciones alguno sufriera un daño o pérdida, el observador sospecharía una moralidad imperfecta o deficiente. Un estudio continuo revelaría que siempre que dos individuos con mucho en común continúan prosperando, hay una cierta reciprocidad en su intercambio. Aunque no es necesario que en cada transacción entre ellos haya un intercambio equitativo de servicios o de bienes, a largo plazo lo que A hace por B tiende a balancearse con lo que B hace por A, ya sea que los beneficios que cada uno recibe del otro se den directamente, o que fluyan de uno al otro según un curso indirecto, quizá con cierto número de eslabones intermedios en el ciclo. Las principales excepciones a esta reciprocidad ocurrirían cuando el primer individuo se diferencia en alto grado del segundo en fuerza o recursos, como en el caso de un padre y un niño pequeño, o el de una persona sana y una enferma. En tal situación, el flujo de beneficios puede ser casi enteramente del más fuerte al más débil; pero en la medida en que el último se acerca en fuerza al benefactor, la relación entre ambos pasa de ser una de dependencia a una de reciprocidad.

Una observación más íntima revelaría que todas las actividades de aquellos que viven unidos en armonía tienden a formar un patrón coherente. Las diversas ocupaciones de un individuo se ajustan entre sí con medida y proporción, y ninguna actividad se continúa hasta obstruir otras actividades necesarias al punto de hacer posible que sobrevenga la muerte por haber perturbado tan seriamente el equilibrio vital. De la misma manera, todo el curso de vida de un individuo sería tal que los individuos circundantes se beneficiarían en lugar de perjudicarse por su presencia. De modo que los distintos individuos que componen cualquier comunidad moral forman un sistema coherente en el cual cada uno fortalece el conjunto, y al mismo tiempo su propia vida se mejora por la inclusión en este conjunto. Mientras más amplio el sistema, mayor el número y

variedad de individuos englobados por él; y mientras más perfectos se hagan, más alto sería el grado de moralidad que el observador reconocería.

2. Ejemplos de asociación armónica continua

Si miramos a nuestro alrededor, en el mundo no humano, buscando ejemplos de la asociación armónica continua, la cual entendemos como el criterio objetivo de una sociedad moral, encontramos una riqueza casi embarazosa de material. Cada criatura viviente compleja, es en sí misma un sistema tal en miniatura, pues contiene un gran número de células y una diversidad de órganos que cooperan íntimamente entre sí por el beneficio del todo, sobre la prosperidad del cual depende la existencia de cada parte. Dado que cada organismo es una especie de comunidad, una sociedad animal puede considerarse como una comunidad de comunidades; y encontramos, especialmente entre los insectos, numerosos ejemplos de sociedades populosas que pueden sostenerse por un tiempo tan largo —en términos del lapso de vida de sus miembros— como el de las naciones humanas, y en las cuales la armonía y la cooperación entre los individuos sin duda no es inferior que la de la mayoría de las sociedades humanas.

Pero el mayor ejemplo de la clase de asociación que buscamos ahora, es el sistema solar; éste es el sistema coherente de mayor tamaño que conocemos en algún detalle. Esta extensa asociación consiste en muchos cuerpos, variando en magnitud desde el propio sol pasando por los planetas de distintos tamaños hasta sus numerosos satélites e incluso hasta los más pequeños asteroides. A pesar de estar separados por vastas distancias en comparación con su propio diámetro, los diversos miembros del sistema solar no se mueven independientemente uno del otro, sino que están unidos por los más íntimos lazos, de manera que el curso de cada uno está determinado por la presencia de los otros a tal grado que la existencia de planetas hasta un momento dados desconocidos, fue revelada por las irregularidades de las órbitas de aquellos que ya estaban en observación.

Todo el sistema muestra la combinación de libertad con orden, lo cual es la aspiración de toda vida racional. Aun cuando cada planeta se mueve ligeramente junto con sus satélites según un curso definido, jamás se han visto impedidos de hacerlo ni han recibido oposición de ninguno de sus vecinos, sino que durante tiempos inmensurables han circulado sin ningún impedimento en el ancho espacio disponible; así que sin duda, si como creyeron los antiguos filósofos los planetas son seres divinos sensibles, cada uno se sentiría perfectamente libre y sin coacción en todos sus movimientos. Así, al mismo tiempo cada planeta ha conseguido convivir armónicamente con todos sus vecinos celestes y ha podido expresar sus potencialidades sin intromisiones de los otros. Debido a su gran distancia de nosotros, difícilmente podemos vislumbrar las formas que la energía creadora ha realizado en los otros planetas. En la Tierra ha producido montañas sublimes y amplios océanos, el encanto de las nubes, el esplendor constantemente renovado del arco iris, y bellas e innumerables formaciones cristalinas. Pero es principalmente a través de las criaturas vivientes que ha engendrado, que la Tierra ha tenido éxito cubriendo su ancha superficie con incontables formas gráciles. Este gran desarrollo de la vida es casi enteramente dependiente de la radiante energía que el sol, a partir de sus recursos inconmensurablemente mayores, continúa emitiendo sin restricciones a su séquito de planetas, tal como un padre generoso entrega abundantes beneficios a sus hijos. Nuestro satélite y los planetas más cercanos, cada uno contribuye en lo que puede a la belleza de la Tierra, embelleciendo su cielo nocturno con sus formas resplandecientes, a las cuales se suman las contribuciones de una miríada de distantes estrellas. La Tierra es ella misma una luminaria brillante en el cielo de los planetas vecinos.

Sería difícil encontrar un modelo más perfecto de comunidad moral que el sistema solar. El observador, incapaz de detectar los motivos o de seguir los procesos subjetivos que subyacen a la conducta humana, difícilmente dejaría de sorprenderse por la gran semejanza entre este sistema y una comunidad humana que haya alcanzado la más admirable moralidad; pues hemos

supuesto que nuestro observador es tan perspicaz que no permitiría que las diferencias en tamaño y duración distrajeran su atención de las semejanzas fundamentales. Nosotros —a quienes nos parece que nuestras difíciles decisiones y las severas restricciones que debemos a veces imponernos sobre nuestros más fuertes impulsos, constituyen los rasgos distintivos de la vida moral— podríamos sentirnos exceptuados en esta comparación, insistiendo en que las semejanzas entre el sistema solar, o cualquier sistema sin vida, y una comunidad moral son superficiales, puesto que sólo dentro de nosotros podemos detectar el sabor peculiar del esfuerzo moral. Podríamos estar de acuerdo en que el sol y los planetas proporcionan un esquema de lo que debería ser una sociedad moral, incluso si no hay una conexión real entre ellos. Pero estaríamos obligados a admitir que su semejanza es más que accidental si pudiera demostrarse que el orden del cosmos y el de una comunidad humana son resultados del mismo proceso. Si bien todavía sería cierto que debemos luchar para realizar nuestras aspiraciones morales según nuestros medios particulares, estaríamos entonces reforzados en nuestra devoción a estos ideales por el reconocimiento de su venerable antigüedad y de sus amplias conexiones.

3. Armonización

Un proceso único, la armonización, activa el universo desde sus primeros fundamentos en el espacio y la materia hasta sus más altas expresiones en los reinos de la mente, construyendo, a partir de entidades discretas, patrones que tienden a crecer indefinidamente en amplitud, complejidad y coherencia. La armonización no es lo mismo que la evolución biológica, cuyo curso ha sido enormemente complicado debido a las colisiones entre patrones provenientes de centros separados; pero sí es la fuerza motora de la evolución, y sin ella no habría un desarrollo progresivo. Aunque algunas fuerzas reconocidas y medidas por los físicos, tales como la gravitación y las atracciones y repulsiones electromagnéticas, han contribuido en la creación de estos patrones, la conexión entre ellas no es evidente; todavía no

hemos tenido éxito en explicar la gravitación en términos de electricidad, ni la electricidad en términos de la gravitación. La semejanza básica del proceso en todas sus fases apunta a una única causa unitaria, cuya naturaleza fundamental todavía elude nuestras investigaciones científicas; esta fuente de armonización parece ser el componente divino del universo.

Aunque no es este el lugar para una exposición completa de la armonización, parece necesario llamar la atención hacia algunos de sus rasgos más sobresalientes². Sin una comprensión clara del proceso, podríamos no llegar a entender la íntima conexión entre el esfuerzo moral y sus antecedentes en los mundos viviente e inanimado.

Que los constituyentes últimos de la materia sean o no partículas, bajo cualquier significado claramente concebible de esta palabra, es una pregunta todavía sin responder. Aun así, es evidente que los fructíferos intentos de entender la estructura, el comportamiento y las transformaciones de la materia, toman la forma del atomismo, y que el gran valor para la experimentación de algunas de las novedosas versiones de esta teoría, ha establecido firmemente su posición en el pensamiento científico. Independientemente de lo que la materia sea en sí misma, difícilmente podemos pensar provechosamente sobre ella sin visualizarla bajo la apariencia de partículas minúsculas con propiedades determinadas y constantes para cada variedad de materia. De acuerdo con la visión moderna ampliamente aceptada, los átomos no son aquellos cuerpos sólidos e indivisibles que visualizaron Leucipo y Demócrito, sino entidades compuestas de tres unidades básicas: los protones, portadores de cargas eléctricas positivas, los electrones, más pequeños que los protones y cargados negativamente, y los neutrones, aproximadamente idénticos en masa a los protones pero eléctricamente neutros. Cada sustancia elemental como el hidrógeno, el carbono o el oro, es una colección de un número inmenso de átomos, cada uno de los cuales contiene, dentro de límites estrechos, el mismo número de cada una de las tres clases de partículas. Aquellos cuyo comportamiento químico es el mismo, pero cuyo peso atómico levemente

distinto sugiere la presencia de una cantidad algo diferente de partículas últimas, se conocen como isótopos de la misma sustancia.

Las tres clases de partículas en cada átomo parecen estar ordenadas según un patrón determinado: los pequeños electrones circulando alrededor del núcleo relativamente masivo, compuesto de protones y neutrones, algo así como los satélites giran alrededor de un planeta o los planetas alrededor del sol. Parece permisible imaginar un átomo como un sistema solar en miniatura, que repite, en una escala inconcebiblemente reducida, algunos rasgos sobresalientes del patrón que el sistema solar nos presenta en una escala cuya vastedad le produce vértigos a nuestra imaginación. Si —y esto no parece inverosímil— las tres clases de partículas últimas no estuvieron en un primer momento combinadas en estructuras determinadas, sino que fue hasta en una etapa posterior cuando ciertas condiciones alteradas les permitieron asociarse en la forma de átomos, esta formación de patrones coherentes a partir de entidades discretas es un ejemplo de armonización. Fue el primer paso en la construcción del cosmos, y todas las formas más complejas dependen de este orden primordial.

El siguiente paso de la armonización es la síntesis de moléculas a partir de átomos. A pesar de que las moléculas simples, como las del oxígeno y el nitrógeno atmosféricos, están compuestas de dos o más átomos del mismo tipo, las moléculas más complejas están formadas por distintos tipos de átomos, y algunas veces por una gran cantidad de cada tipo. Parece que cada sustancia químicamente pura, ya sea el agua, el azúcar de caña, o cualquier tipo particular de proteína, es una colección de moléculas donde cada una contiene el mismo número y los mismos tipos de átomos enlazados según un patrón idéntico. Los tipos más complejos de moléculas requieren para su formación temperaturas y concentraciones de materia moderadas. En consecuencia, no pueden surgir en el extremado calor de las estrellas incandescentes; y en las más densas de estas estrellas, cuya gravedad específica excede en mucho la de todo tipo de materia conocida en la Tierra, es probable que incluso los átomos completos, con su dotación total de electrones, no puedan perdu-

rar. Aun así, es insignificante el surgimiento de moléculas más complejas en el espacio interestelar, cuya vasta cantidad de materia está esparcida con baja densidad y a temperaturas extremadamente bajas. La superficie y las capas externas de un planeta que se enfría ofrecen, hasta donde sabemos, las condiciones más favorables para la génesis de moléculas complejas.

Es evidente, por lo tanto, que la armonización tuvo que realizar una labor preliminar inmensa antes de poder producir moléculas del tamaño de las encontradas en las más complejas sales inorgánicas. Primero, los átomos mismos debieron formarse mientras las partículas últimas se alineaban en patrones definidos bajo la influencia de sus propias fuerzas eléctricas. Luego, la materia contenida en nuestro sistema solar se reunió formando el sol, los planetas, y los satélites gracias a la energía que llamamos gravitación, que es en primer lugar una propiedad del espacio. La armonización pudo producir las moléculas más complejas, únicamente cuando algunos miembros del sistema solar adquirieron las temperaturas propicias. Muchas de estas moléculas, como las de variadas sales minerales, son altamente estables a temperaturas como la prevalente en la superficie de la Tierra. En ellas, cada átomo parece tener una posición y una función determinadas en relación con el todo, para mantener su individualidad en la pequeña y disciplinada sociedad que él mismo ayuda a formar. Tal molécula, que puede haber existido inalterada en alguna roca depositada cientos de millones de años atrás en la era cámbrica, nos ofrece un ejemplo excelente de esa asociación armónica continua que es el único criterio objetivo de la moralidad.

Los cristales se construyen a partir de átomos, como los del carbono y el sulfuro, o más frecuentemente a partir de moléculas como las del agua y la sal común. En ellos, las partículas que los constituyen se alinean en un orden determinado, como ladrillos en una pared; y preservan este orden con una gran constancia, cosa que distingue el estado cristalino del de los gases, los líquidos, y los sólidos amorfos, en los cuales los átomos o moléculas se mueven más o menos libremente en relación con los demás.

Si es formado en condiciones favorables, cada cristal tiene una forma geométrica determinada, casi siempre de gran belleza, como en los infinitamente variados cristales hexagonales de los copos de nieve. Muchos cristales, al romperlos, se descomponen en fragmentos, cada uno de los cuales tiene la forma de la masa original, dando así una vívida demostración de la regularidad estructural que contiene toda la formación. Dado que los átomos y las moléculas son individualmente muy pequeños para ser vistos incluso bajo el microscopio, los cristales son, en escala ascendente, los primeros productos de la armonización visibles al ojo humano. En una enorme variedad de relucientes y coloridas gemas, en las flores de escarcha que en climas helados se forman en las ventanas, en los copos de nieve, nos muestran que la armonización tiende a producir belleza tanto en pequeña escala como en las nubes, el arco iris, y los cielos estrellados. Mientras la seguimos ascendentemente desde los cristales hasta las formas orgánicas más complejas y las cosas que ellas hacen, nos damos cuenta que la creación de belleza es uno de sus logros extraordinarios. Desde la antigüedad, lo bueno ha sido comparado con lo bello. Si preguntamos lo que el bien moral y la belleza sensual tienen en común, la respuesta parece ser la unidad en la multiplicidad, el ordenamiento de las partes de un patrón complejo de manera que armonicen unas con otras e igualmente con el todo. Dado que reconocemos la belleza en cosas evanescentes como un arco iris o una canción, aquella no requiere, como sí lo hace un orden moral, una asociación armónica *continua*; y sin embargo su valor es en gran manera acrecentado cuando es perdurable.

Mucho después de que las más antiguas rocas cristalinas se formaron en la superficie en enfriamiento de nuestro planeta, aparecieron seres vivientes que dejaron sus rastros en las formaciones sedimentarias. Cómo surgió la vida es una pregunta para la que finalmente estamos empezando a tener respuestas probables; pero es obvio que en los seres vivos, la armonización, el proceso que ha estado desarrollándose desde que el cosmos empezó a adquirir forma y regularidad, entró en una fase más intensa; y esta actividad de armonización más concentrada es lo que distin-

gue la materia viviente de la inerte. Incluso los seres vivos más pequeños y más simples contienen una gran variedad de átomos ordenados según patrones más complejos, y la existencia continuada de cada compuesto depende más íntimamente del todo que en cualquier sistema inerte de comparable extensión. Las moléculas de cuerpos orgánicos, especialmente en las proteínas, son de un tamaño y complejidad sin paralelo en la materia inerte; y en ninguna otra parte de la naturaleza podremos encontrar tal variedad de compuestos químicos en un ámbito pequeño como un cuerpo viviente, ya sea vegetal o animal. Más aún, la gran variedad de actividades llevadas a cabo por todas estas partes heterogéneas que trabajan en una íntima cooperación, es lo que distingue a un organismo vivo de todos los sistemas carentes de vida. La armonización que le da forma y coherencia a un cuerpo viviente puede ser llamada su enarmonización.

Los atributos que claramente distinguen un cuerpo viviente de uno inorgánico se encuentran en el más simple organismo visible con el microscopio; pero los más complejos animales y plantas multicelulares, con su gran variedad de partes discernibles, nos dan una aprehensión más vívida de lo que realiza la armonización. Ese organismo está compuesto de una vasta cantidad de células; cada una es en sí misma una formación de gran complejidad, y están unidas en tejidos de muchos tipos. A partir de estos tejidos se forman una variedad de órganos. Todas estas células, tejidos y órganos, deben trabajar en íntima armonía para llevar a cabo las actividades vitales del organismo y preservar su vida. La salud es el equilibrio perfecto entre todas las partes y funciones; y cuando cualquiera de los múltiples componentes de un animal excede o no alcanza a realizar la tarea que tiene asignada, el resultado es la enfermedad y quizá la muerte. De esta manera, la prosperidad de todo el organismo depende de la asociación armónica de sus partes, y la existencia continuada de cada una de ellas es inseparable de la del todo; pues cuando el animal muere, ya sea porque sólo uno de sus muchos órganos falló, todas las otras partes dejan de funcionar, y como regla, toda la compleja estructura rápidamente se descompone.

Si alguna vez dudamos sobre el significado de la moralidad, sólo necesitamos pensar en nuestros cuerpos cuando gozan de plena salud: cómo los brazos, las piernas, los ojos, los oídos, la boca, el estómago, el corazón, los pulmones y los riñones trabajan unidos en concordia para el beneficio del todo, de cuyo bienestar depende la continua prosperidad de cada uno. La misma diversidad de estos órganos cooperantes nos recuerda que la igualdad de todos los miembros no es necesaria para formar una comunidad moral. Por el contrario, unidades disímiles pueden trabajar juntas tan bien como unidades semejantes; y más bien sus propias diferencias, entre las cuales cada una complementa a otra, generalmente facilitan la cooperación. Tal vez la estrecha dependencia de todos sus movimientos en una única voluntad parezca hacer del cuerpo animal un prototipo insatisfactorio para una sociedad moral, la cual es más admirable según la medida en que sus miembros gocen de libertad mientras preservan la armonía. Pero sólo una parte minoritaria de todas las múltiples actividades del cuerpo es controlada por la voluntad; y, al menos originalmente, estas actividades fueron aquellas en las que la subordinación al sistema nervioso central era más necesaria para la prosperidad de toda la comunidad de órganos que componen el cuerpo animal.

Dondequiera que se encuentren mentes, deben estar armadas y enriquecidas por un proceso que se asemeje estrechamente a ese que hemos rastreado en la materia viviente e inerte. El contenido más elemental de la consciencia parece ser una sensación, que puede originarse ya sea en los órganos sensoriales externos o en partes más profundas del cuerpo. Cuando vemos un objeto, cada punto de su superficie envía una serie de ondas de luz que mutuamente se empujan formando una multitud desordenada mientras se enjamban a través de la pupila hacia el interior del ojo. Desplegadas por el lente cristalino para formar en la retina una imagen invertida del objeto, las ondas de luz excitan una gran cantidad de distintos bastones y conos. Aun así, las incontables vibraciones independientes, estimulando esa gran cantidad de terminaciones nerviosas diferentes, producen en la consciencia una única impresión,

en la cual, más aun, las imágenes levemente disímiles de los dos ojos se unifican en una sola figura que muestra solidez o profundidad.

A pesar de los múltiples detalles que nuestro subsecuente análisis pueda extraer del árbol, persona o montaña que esté en nuestro campo visual, primero nos percatamos de ella como un todo, el cual, para la consciencia, es usualmente anterior a sus partes. En el instante de tiempo que transcurre entre la excitación de nuestra retina por la luz y nuestra percatación del objeto que emitió esa luz, y de una manera que no comprendemos, una multitud de vibraciones discretas se han reunido para producir una única impresión. Este es un ejemplo típico de armonización, el cual, en todas partes, forma todos coherentes a partir de entidades discretas. Similarmente, cuando oímos un ruido, series completas de vibraciones aéreas suscitan complejos movimientos en cada oído, y sin embargo nos hacemos conscientes de toda esta perturbación como si fuera un sonido único. Gracias a una síntesis aún mayor, y totalmente independiente de la voluntad del oyente, las notas multitudinarias de una orquesta se presentan ante la consciencia como una melodía que, para la mente, tiene una unidad que un análisis físico de las ondas de sonido podría ser incapaz de detectar. Asimismo, al saborear, oler y palpar con los dedos, muchos eventos físicos —independientes en una escala microscópica— se reportan a la consciencia como una única sensación.

Pero cada mente desarrollada contiene mucho más que una multitud de sensaciones discretas o de recuerdos de las mismas. Gracias al ejercicio adicional de su actividad sintética, la mente agrupa impresiones similares dando lugar a universales o ideas generales que llamamos "árbol", "casa", u "hombre". Una síntesis todavía mayor produce conceptos de un orden superior, como cuando a partir de la experiencia de muchas clases diversas de criaturas animadas formamos la idea de animal, y reconociendo ciertas semejanzas en animales y vegetales arribamos a la noción de ser viviente. Conducida incesantemente por su propia energía creadora, la mente activa está constantemente unificando sus impresiones bajo títulos cada vez más inclusivos. Forma teorías

para dar cuenta de las múltiples particularidades de la experiencia e intenta adquirir una visión de mundo o un sistema filosófico comprensivo. En todos estos esfuerzos creadores la mente se ve impelida por la necesidad de dar coherencia a sus contenidos, y en cuanto tenga éxito en este intento, se verá satisfecha y dirá haber encontrado una verdad. Donde esta coherencia esté evidentemente ausente, la mente se ve descontenta y se acusa a sí misma de falsedad. La construcción de un patrón coherente de pensamiento es una instancia de armonización que no se diferencia de la construcción de un cuerpo viviente a partir de materiales que se encontraban dispersos en el ambiente sin ninguna unidad orgánica. La coherencia es necesariamente el criterio de verdad, pues la sed de verdad es simplemente la demanda de coherencia en sus contenidos, impuesta sobre la mente por el proceso que la constituye. La verdad corresponde, en el intelecto, al orden moral en una comunidad humana; en un caso hay armonía entre las ideas y en el otro entre las personas.

4. El esfuerzo moral como un modo especial de armonización

Nuestro esfuerzo moral consciente es un paso más en el proceso que hemos rastreado desde los constituyentes más simples de la materia hasta los organismos complejos y sus actividades intelectuales. Las partículas últimas están agrupadas en una comunidad más pequeña o más amplia llamada un átomo, concebido como un patrón estructurado cuya existencia depende de la integración armónica de las partes que lo componen. Los átomos de una misma clase, o más comúnmente de clases diferentes, se agrupan para formar moléculas, que frecuentemente son de gran complejidad a pesar de estar compuestas de unidades tan bien acopladas entre sí que pueden sobrevivir por muchísimo tiempo. Una variedad de moléculas complejas forma una célula viviente; y a partir de muchas de estas células se componen los órganos y los organismos. Mientras en esta larga serie avanzamos de nivel en nivel, las unidades estructurales se vuelven cada vez más complejas, pero desde el inicio hasta el final el

proceso consiste en el agrupamiento de entidades separadas para formar un todo coherente y armónico, en el cual las partes que lo componen se apoyan entre sí en lugar de oponerse. Las mentes, al surgir, están suplidas por un proceso que se asemeja estrechamente al que hemos seguido en el mundo físico. Ese proceso, en sus niveles inferiores —por ejemplo, en la síntesis que tiene por resultado la percepción de un objeto externo e incluso en aquella que produce conceptos genéricos— es tan independiente de la voluntad consciente como el crecimiento de nuestros cuerpos. La armonización se convierte en un esfuerzo consciente y deliberado por alcanzar un agrupamiento coherente de los contenidos mentales, únicamente en las facultades superiores del pensamiento.

Espero que sea ya evidente que nuestro esfuerzo moral es una continuación, a un nivel superior, de un proceso que ha venido avanzando desde que el mundo empezó a adquirir forma y orden. Nosotros —cuya vida y salud dependen de la cooperación armónica de las múltiples partes de nuestros cuerpos, cuya paz y claridad de mente dependen de la integración armónica de los abundantes contenidos del pensamiento— somos llevados por el mismo movimiento que nos creó a intentar incansablemente de cultivar con los seres que nos rodean la misma clase de relaciones armónicas que encontramos dentro de nosotros mismos cuando el cuerpo y el alma gozan de su mejor momento.

Utilizamos para esta tarea facultades que fueron perfeccionadas por este mismo proceso de armonización, pero que no son evidentes en el mundo inerte, y cuya presencia incluso en los animales más afines a nosotros no es fácil de demostrar. Sobre todo, el esfuerzo moral humano requiere inteligencia, previsión y decisiones premeditadas, sin las cuales las características distintivas de la vida moral se desvanecerían. Y como no podemos estar seguros de que estas capacidades mentales particulares se encuentran todas a la vez en ninguna otra parte más que en nosotros, hacemos bien al insistir en que la moralidad es, estrictamente hablando, un fenómeno esencialmente humano, hasta donde podemos saber. Aun así, al mismo tiempo es necesario

reconocer la íntima conexión entre nuestro esfuerzo moral y las anteriores etapas de armonización que prepararon el camino para él, y de las cuáles no es sino una continuación. Podemos realizar esto si reconocemos que un *carácter moral* impregna el cosmos desde sus primeros fundamentos, y que conduce, tal como se mostrará en el siguiente capítulo, a través de la *protomoralidad* de los animales no humanos, hasta la *moralidad* humana. Nuestra moralidad es, por consiguiente, un modo particular del carácter moral universal, en cuya ausencia nunca podría haber surgido aquella, y sin cuyo respaldo continuo sería ineficaz.

Sin embargo, la presencia de la inteligencia y de la capacidad de decidir previsoría y premeditadamente, no es en sí misma suficiente para hacer de cualquier animal un ser moral. Conocemos demasiados casos de aplicación de estos dotes en la consecución de fines contrarios a los morales. La verdadera moralidad empieza a existir únicamente cuando la previsión y la decisión van dirigidas al aumento de la armonía. El esfuerzo moral depende sobre todo de la presencia de una voluntad buena o moral que use la inteligencia como su instrumento. La voluntad de aumentar la armonía no es creada por la inteligencia, sino que es expresión del mismo movimiento que da forma a las mentes; pues, como hemos visto, la coherencia que hace de la mente un instrumento efectivo de pensamiento es resultado de la armonización. La voluntad moral, así, es la presión sobre la consciencia del mismo movimiento que ordenó las materias primas del mundo, que construye nuestros cuerpos a partir de partículas de materia en principio ampliamente desperdigadas a través de nuestro ambiente, y el cual a partir de muchas excitaciones sensuales discretas construye percepciones claras y sistemas coherentes de pensamiento. Somos morales porque estamos formados por un proceso que desde sus primeros orígenes produjo la asociación armónica, meta de la moralidad.

Al rastrear el avance de la armonización, aprendimos que cada síntesis sirvió como fundamento de una síntesis futura. Los átomos, que ahora consideramos como entidades complejas, son los componentes básicos de las moléculas. Éstas, a su vez, son la base de los cristales o, en

una línea divergente de desarrollo, de las estructuras muchísimo más complejas de los seres vivos. Los primeros seres vivos consistieron aparentemente de una única célula, pero eventualmente las células se convirtieron en unidades estructurales de las plantas y animales más desarrollados. Este movimiento continuó hasta que creó animales con cuerpos capaces de realizar una gran variedad de operaciones y con mentes capaces de razonar, anticipar el futuro, y elegir libremente entre cursos alternativos de acción: nació así un ser moral. A menudo tal ser se considera a sí mismo como un fin en sí, incluso el fin de todos los fines. Sin embargo, cuando deja de esforzarse por ir más allá de sí mismo, se convierte en víctima de confusión y lasitud, las cuales desmienten la suposición que tan descuidadamente había hecho. Si, desde un punto de vista, es un fin en sí mismo, desde otro es un agente que lleva la armonización a niveles todavía más elevados.

Al producir seres provistos de inteligencia, previsión, y una voluntad moral, la armonización se dio a sí misma una herramienta poderosa de un tipo del que, hasta donde podemos estar seguros, previamente había carecido. En todas las etapas anteriores del proceso del mundo la armonización parece haber trabajado enteramente dentro de los patrones que estaba formando; y aunque siempre iba dirigida hacia el aumento de concordia, no hay evidencia de que haya previsto la forma que eventualmente iba a tomar esta armonía. Cuando dos patrones en expansión, ambos imbuidos en la armonización, entraron en contacto, ninguno pudo apreciar la dirección hacia la cual tendía el otro, o qué era lo que se esforzaba por alcanzar. Frecuentemente se confrontaron violentamente; o en el mejor de los casos pudieron acomodarse uno al otro como respuesta a las presiones mutuas, como cuando dos árboles crecen muy cerca uno del otro, pues ninguno puede conocer las necesidades del otro. Pero un ser inteligente puede sondearse a sí mismo y a otro ser desde una misma perspectiva, prever en cuáles puntos éste y aquel pueden chocar, y planear un curso de acción que eliminaría, o al menos disminuiría, el conflicto. O puede incluso guiar a dos o más seres de modo tal que sea evitada la discordia que amenaza levantarse entre ellos, o incluso hacer

que se convierta en armonía. Más aún, sin sacrificar su felicidad ni su perfección, puede restringir sus propias actividades en las áreas específicas donde el conflicto parezca inevitable, y desarrollarse a sí mismo en alguna otra dirección donde no tenga que competir con nadie. Al unir elementos discordantes en una síntesis superior, el ser moral puede promover el avance de la armonización con una eficiencia que hasta este momento no tenía, convirtiéndose así en un colaborador voluntarioso de este proceso benéfico y eónico.

Notas

1. A lo largo de todo el texto, el autor distingue entre "consciousness" y "conscience"; traducimos esos términos, respectivamente, por "consciencia" y "conciencia". Sobre el sentido de la distinción, véase el Capítulo VII, § 3. (N. T.)

2. En un número posterior de la Revista de Filosofía se publicará un texto de don Alexander dedicado específicamente al tema de la armonización. (N.E.)

Expresión más perfecta
de la naturaleza primaria

Independencia de los
atributos secundarios

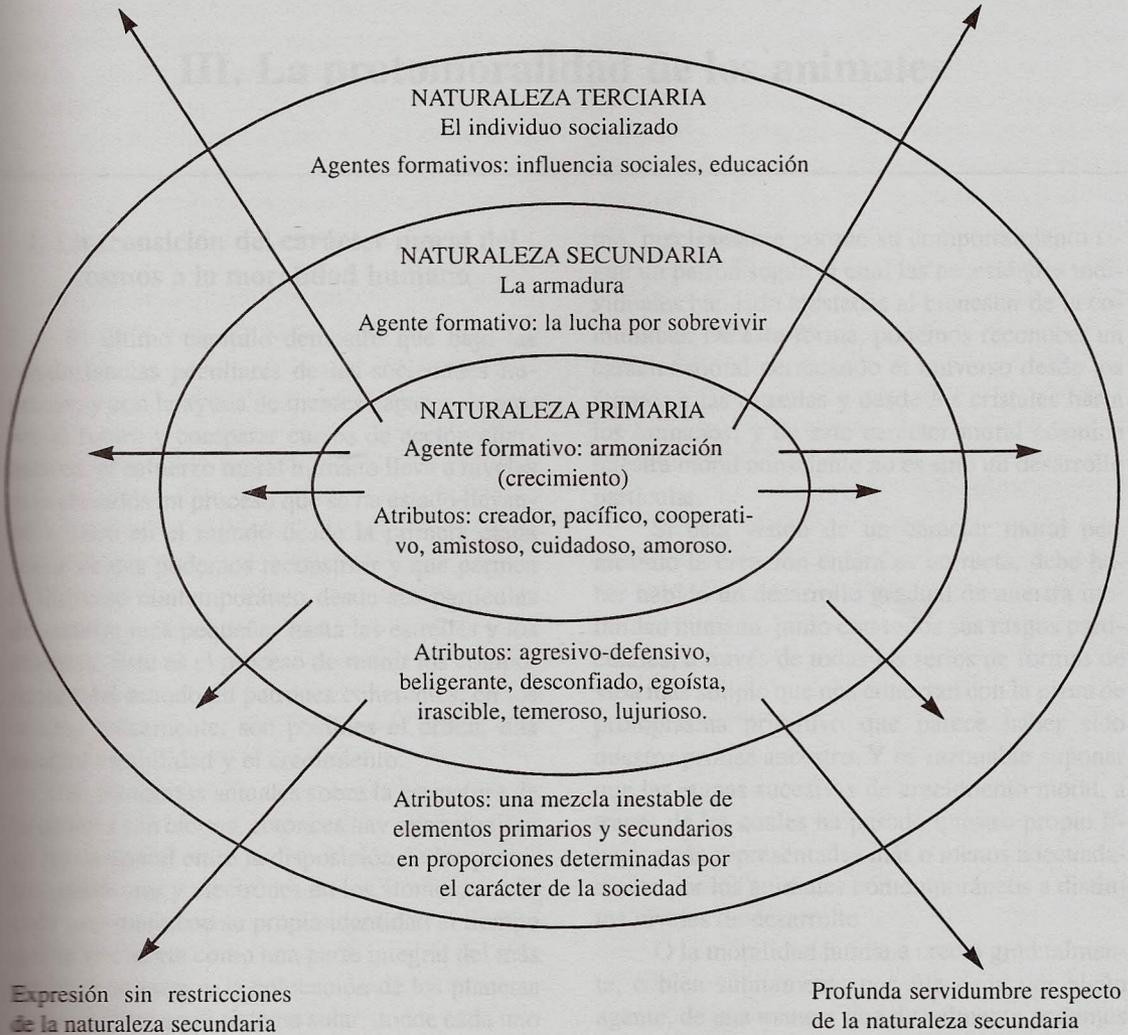


DIAGRAMA 1
UN DIAGRAMA DE LA NATURALEZA ANIMAL
(incluyendo al ser humano)

El diagrama presenta, abreviadamente, la interpretación de la naturaleza animal presente en este libro. El círculo central representa la naturaleza primaria de los animales psíquicamente avanzados tal como fueron formados por la armonización. Esto se encierra en un anillo que representa su naturaleza secundaria, tal como fue formada por la selección natural en la lucha por la sobrevivencia en un mundo duramente competitivo. A su vez, esto se encierra en un anillo que representa la naturaleza terciaria de los animales socialmente avanzados. En la parte inferior del círculo y de cada anillo se encuentran algunos de los atributos que corresponden a cada naturaleza. Las flechas dirigidas hacia afuera indican que los elementos de una esfera se proyectan sobre las esferas circundantes, modificando su carácter; o trascienden estas esferas, como cuando la pacífica naturaleza primaria surge sobre una sociedad beligerante o altamente agresiva, o, en el extremo opuesto, cuando el áspero egoísmo de la naturaleza secundaria se escapa de las restricciones de la sociedad.